

De cuando Lacan notó que su analista estaba equivocado¹

Jorge Baños Orellana
Invitado Especial
Argentina

El hombre no piensa igual acostado que de pie, y esto por el hecho de que en posición acostada hace muchas cosas, el amor en particular, y el amor lo arrastra a todo tipo de declaraciones. En posición acostada, el hombre tiene la ilusión de decir algo que sea un decir que importe en el real.

Jacques Lacan, *Apertura de la sección clínica*, 5 de enero de 1977

En un gris mediodía parisino de noviembre de 1932, cuya fecha exacta ni los biógrafos recuerdan, Jacques Lacan se desperezó largamente sin poder dejar de sonreír. Estirando un brazo comprobó que estaba solo. Abriéndose paso entre las brumas del despertar, aparecieron los últimos recuerdos: después del brindis, Olesia había partido a la reunión del círculo marxista de Jean Bernier y Marie-Thérèse se había excusado con que debía madrugar. En el oscuro interior del departamentito de rue de la Pompe, fue vislumbrando el blanco de la camisa y el brillo de la corbata arrojadas sobre la manta, los pantalones y el saco apilados sobre la *chaise longue*, la carpeta con los papeles de la disputa caída en el parquet cerca de la mesa y, rodeándolo todo, el lustre de los lomos de los libros flameando con su brillo en las cuatro paredes. Lanzó un aullido triunfal de liberación. No era para menos; la tarde anterior había defendido con éxito la tesis doctoral ante un jurado por demás reticente.

¹ Anticipo del capítulo 1 de *La novela de Lacan. 1932-39: Un espejo psicoanalítico con filósofos, sociólogos y curas*, resultado de la expansión de la segunda conferencia dictada el 22 de octubre de 2015 en el Congreso de Psicoanálisis Universidad Santiago de Cali “Subjetividad y Cultura”, con igual título. Corrige y completa una versión digital previa aparecida en *Cuadernos Ñácate* de Montevideo en julio de 2016.

Luego de tres años ensimismados de investigación y escritura, el siete de septiembre había despachado la única copia dactilografiada del grueso manuscrito a la imprenta de ediciones médicas Le François. Tres años ensimismados aunque no solitarios: para la puesta a punto de la tesis, Olesia ofició de mecanógrafa y correctora (venía haciéndolo para su ex marido Drieu la Rochelle) y Marie-Thérèse quiso ser la benefactora de los gastos de impresión;² él se había sobrepuesto rápido del breve aunque decisivo amorío con Victoria Ocampo.

Una vez depositado el paquete en el mostrador de la editorial, perdió de buena gana el derecho a retomar esa tarea consagrada a describir un cuadro nosológico inédito, que había bautizado “paranoia de autopunición”, y a subrayar su presunta importancia doctrinaria. Se confió en que la trama de los argumentos era temeraria pero sólida. Estaba apuntalada por frondosas lecturas (algunas notas al pie ocupan más de un tercio de página; la lista bibliográfica es de doce páginas de tipografía apretada) y por un cuerpo de pruebas circunscripto a un único caso minuciosamente expuesto. Uno solo, privilegiado de entre los 20 casos de paranoicos que había llegado a localizar. Inclusive en la poblada red de los hospicios de París y sus suburbios eran escasos; el anonimato de la gran ciudad en cierta medida los amparaba de las buenas intenciones de la Salud Pública. La elección había recaído sobre la señora Marguerite Anzieu, una atractiva empleada de correos de treinta y ocho años (“de una estatura superior a la media, proporciones cráneo-faciales armoniosas y puras, tipo étnico bastante hermoso”)³ cuya identidad Lacan decide solapar bajo el pseudónimo de Aimée [Amada]. El mismo nombre que ella había escogido para la heroína de una de sus novelas. Escrita en minúsculas, la palabra enviaba al adjetivo *aimée* [amada], que regía el sector erotómano de sus delirios; porque además de inimpugnables presentimientos de que se confabulaba contra la vida de su hijito, y de que renombrados hombres de letras y actrices divulgaban intimidades suyas, Aimée tuvo la certeza de ser amada por el Príncipe de Gales.⁴

² Roudinesco Élisabeth (1993), *Lacan: Esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento*, FCE, Buenos Aires, 1994, p. 96.

³ Jacques Lacan (1932), *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*, México, Siglo XXI, 1976, p. 157.

⁴ Hacia el final, el 24 de enero de 1976 en la conferencia De James Joyce como síntoma, precisará: “Que la haya llamado *Aimée*, no quiere decir que *yo la amé*. Más bien quiere decir que *ella tenía necesidad de serlo*. Tenía tanta necesidad que lo creía. Creía que *era amada*. Eso tiene un nombre en círculos psiquiátricos: *erotomanía*. No quiere decir exactamente lo mismo; pero, en fin, nos contentaremos con el respaldo mitológico. Generalmente *Eros* es traducido por *amor*.”

Para evitar la censura académica, Lacan se esmera en no pasar por alto ninguno de los recursos de la semiología psiquiátrica clásica, ni de las técnicas evaluativas psicológicas, ni de las pruebas biológicas de laboratorio, resultando un historial de 200 páginas. Hasta el informe de un perito grafólogo encuentra allí su lugar. Hoy nos llama la atención el empeñamiento en buscar causas orgánicas: la práctica de una punción lumbar y de pruebas serológicas, a ella y al marido, cuando no había ninguna semiología que indicara una encefalitis luética, o “el metabolismo basal medido en varias ocasiones”, a pesar de que siempre resultaba normal, justificándose en un leve bocio propio de la región donde Aimée había crecido, o la medición de cuantas tazas de café tomaba por día. Pero eso estaba bien visto por el jurado, lo que les llamará la atención fue el registro detallado del anecdotario familiar, así como de ciertas revelaciones de importancia que el candidato alardeaba haber extraído gracias al alejarse ocasionalmente del interrogatorio pautado para abrir las posibilidades de conversaciones espontáneas con la enferma: “Los métodos de interrogatorio, que se ufanan a veces de aportar luces preciosas a la psiquiatría, no tienen en realidad sino escasas ventajas, al lado de muy serios inconvenientes”.⁵ Lo subraya con el ejemplo de cómo logró así afinar su exploración de trastornos ilusorios de la memoria de Aimée, vale decir, profundizar el examen clásico de las facultades mentales; sin embargo, a los jueces no se les pudo escapar que esas “conversaciones espontáneas” eran la aplicación del interrogatorio fenomenológico, por entonces en boga en la psiquiatría alemana, pero que, en Francia, se prefería mantener al margen en la formación de los residentes de psiquiatría.

Cuando domina la convicción de que con el examen de las llamadas facultades mentales (atención, percepción, ideación, memoria, afectividad, etc.) alcanza para lo verdaderamente importante, dar el veredicto de un diagnóstico, se juzga superfluo, e incluso contraproducente, prolongar la exploración escrudiñando otras dimensiones, como la de las maneras en que los locos vivencian su conciencia de estar en el mundo. Cuando pocos meses después, Lacan se presentó al concurso de jefaturas de asilos psiquiátricos, el jurado le hizo sentir abiertamente el desacuerdo con esa práctica. Al respecto, vale el testimonio que en 1990 Roudinesco obtuvo de Paul Sivadon, un venenoso compañero de residencia de Lacan: “Frente al jurado Lacan exhibió con arrogancia su saber fenomenológico y estuvo a punto de no ser aprobado:

⁵ Jacques Lacan (1932), p. 193.

«Este muchacho nos aburre», dijeron los examinadores. Obtuvo el undécimo lugar entre trece aceptados.”⁶ Por lo visto, no solamente sus mayores sino algunos de sus semejantes juzgaban al esmero fenomenológico como una altanería gratuita. ¿Pero estamos, hoy, en mejores condiciones que la de esos jueces para hacer nuestro, al menos por un instante, el entusiasmo del primer Lacan por la fenomenología? ¿Podríamos considerar imparcialmente la posibilidad de que ese cortejo inicial haya dejado marcas indelebles y dignas de atención en la enseñanza de Lacan? Es dudoso si nos atenemos al pobre entusiasmo lacaniano por ese y otros entresijos de apariencia aún más extranjera del período 1932-39.⁷



Afortunadamente, el historial incluía una dimensión novelesca que alentaba el seguimiento de los resultados de tantas pericias: a Aimée la habían recluido en el hospicio por la fuerza pública, después de intentar asesinar a cuchilladas a una popular actriz. Astutamente, el primer párrafo del caso es un moroso recuento forense de los segundos previos a la agresión criminal: “El 10 de abril de 193..., a las ocho de la noche, la señora Z., una de las actrices más apreciadas del público parisiense, llegaba al teatro en que esa noche iba a actuar. En el umbral de la entrada de los artistas fue abordada por una desconocida que le hizo esta pregunta: ¿Es usted la señora Z?”⁸ Páginas más adelante, se transluce una auténtica pesquisa detectivesca que conduce a Lacan hasta el hotelito de rue Saint-André-des-Arts donde vivía Aimée. Autorizado por la fiscalía o sobornando al casero, consigue abrir la cerradura de la pieza. Primero retrocede ante el bizarro espectáculo de las paredes empapeladas con fotografías del Príncipe de Gales, luego se precipita a hurgar en las pertenencias: “El cuarto del hotel en que vivía estaba tapizado

⁶ Roudinesco, Élisabeth (1993), p. 126.

⁷ En 1994, en el prólogo de la segunda edición de su detenido estudio acerca de la tesis doctoral de Lacan, Jean Allouch reprocha: “El desconocimiento casi sistemático de *Marguerite, ou l’Aimée de Lacan* sigue siendo patente en ciertos sectores, sobre todo lacanianos” (Allouch, Jean [1990/94], *Marguerite o la Aimée de Lacan*, El cuenco de plata, Buenos Aires, 2008, p. 11). Más de veinte años después la situación no ha cambiado sustancialmente. El otro intento digno de consideración se debe a la tesis de Silvia Tendlarz, *Le Cas Aimée, étude historique et structurale*, y me consta el camino de indiferencias por el que atravesó antes de que, once años después de escrita, consiguiera una publicación abreviada: *Aimée con Lacan. Acerca de la paranoia de autopunición*, Lugar ed., Buenos Aires, 1999; sigue inédita en francés.

⁸ Jacques Lacan (1932), p. 138.

de retratos del príncipe; coleccionaba igualmente recortes de periódico en los cuales se hablaba de su vida y de sus andanzas”.⁹ Nos irá entregando fragmentos de esos escritos, de los definitivos como de los borradores, de las novelas bucólicas como de los panfletos insultantes. Otro día va a la sucursal de correos donde trabajaba Aimée, para interrogar a sus compañeros si ella les había discutido acerca de la honorabilidad de la actriz que luego atacó.

Pero el sensacionalismo no distrajo al jurado de lo que, con ese historial, se pretendía demostrar para la doctrina. Era una tesis fuera de lo corriente y no les extrañó. A partir del segundo año de la residencia,¹⁰ Lacan había dejado de cumplir de manera esperable la obligación de publicar viñetas clínicas en revistas de la especialidad; en lugar de conformarse (y conformar) con la modesta tarea de sumar una prueba empírica más a los paradigmas consagrados, él prefirió aplazar las entregas hasta encontrar hechos que sacudieran las lecciones recibidas: sea por corroborarlas más concluyentemente o por hallar un contraejemplo que las ponía en tela de juicio. Esa ética de escritura se manifestó por primera vez con el caso de la señorita L., verdadera aguja en un pajar de una encefalitis sifilítica, cuya única manifestación inicial había sido un síndrome de automatismo mental de Clérambault. El hallazgo resultó bienvenido por los obstinados intentos de la época de probar que detrás de todo automatismo mental asecha una causa orgánica. Como la mayoría de los delirios crónicos comienzan con ese síndrome, la señorita L. llevaba agua para el molino de la suposición de que detrás de toda locura hay una enfermedad médica. Pero al año siguiente, Lacan no sirvió a esas preferencias dominantes del círculo de sus profesores.

En Marcelle C., una maestra delirante, encontró la oportunidad de trastornar la clásica división de los delirios psicóticos en “paranoides” y “paranoicos”. Marcelle cumplía con todas la de la ley para merecer el diagnóstico de “paranoica”: sus certezas de que era acosada por un inspector de escuelas (incluso luego de muerto) y de haber sido injustamente desaprobada en concursos de ascenso laboral, no dejaban de ser temáticamente verosímiles y casi sensatamente justificadas, y derivaban mayormente de suspicacias interpretativas (tanto o más que en la sistematización delirante que luego

⁹ Ibid, p. 154.

¹⁰ Los dos párrafos que siguen son un índice borroso de los capítulos centrales del tomo previo: *La novela de Lacan. De la neuropsiquiatría al psicoanálisis*, El cuenco de plata, Buenos Aires, 2013.

encontraría en Aimée). Sin embargo, cuando el vigilante del pabellón del hospicio le intercepta un buen número de cartas y se las entrega al residente Lacan, se abre un panorama ante el que era mucho más cómodo retroceder. Esas cartas estaban repletas de neologismos, caprichos tipográficos y roturas sintácticas únicamente esperables en los dichos y escritos de los delirantes “paranoides” más floridos. En vez de olvidarlas, se empeñará en certificar ese contraejemplo con las herramientas eruditas del filólogo y del estudioso de las poéticas de la vanguardia. El otro ejemplo de caso raro y urticante, que Lacan seguirá paralelamente al estudio de Aimée, es el de una “demencia precocísima” (la “demencia precoz” era la “esquizofrenia” de los suizos) en un niño de apenas ocho años; lo cual representaba un incordio para los partidarios de atribuir la demencia precoz a trastornos hormonales de la adolescencia y, por otros datos, contrariaba también a los que aseguraban que siempre podían medirse atrasos cognitivos en la demencia precoz. Naturalmente, con la tesis doctoral aspiraba a poner aún más en evidencia el filo de su genio clínico. Es lo que palpita en el texto cuando, concluido el primer recuento del caso, aparece esta amenazante pregunta al *status quo*: “¿Qué diagnóstico emitir acerca de semejante enferma, en el estado actual de la nosografía?”¹¹

La respuesta demora en aparecer. Hay que pasar muchas páginas, y de lectura detenida, para enterarse de la ambición disruptiva de esa tesis. Lo cual correrá a los examinadores de su zona de confort y red de alianzas: aunque ellos lo habían formado, ese muchacho no parecía ser uno de los suyos.



Entonces, sobraron razones para que, aquella mañana de noviembre de 1932, Jacques Lacan despertara sonriendo. Inmerso en la elocuencia interior que agita nuestros pensamientos cuando permanecemos acostados, se puso a resumir párrafos de la tesis y de publicaciones anteriores. En especial ese de entonación profética que, con desdén, un examinador había señalado como poca cosa:

Nosotros creemos que las investigaciones futuras, así sobre la paranoia como sobre la parafrenia, le quitarán todo fundamento a una subestimación del valor humano de la psicosis, y particularmente de lo que produce bajo su imperio la

¹¹ Jacques Lacan (1932), p. 142.

imaginación creadora del enfermo. No de otra manera el canon griego de la belleza deja intacta la significación de un ídolo polinesio. ¿Quiere esto decir que hay un beneficio positivo en la psicosis? Si hemos de ser consecuentes, no podemos negar a priori tal posibilidad.¹²

Volvió una y otra vez a la manera en que le había replicado. Echado en la cama, se permitió ciertas correcciones y amplificaciones del recuerdo hasta construir una escena que, de tan admirable, se le volvió más real. Imagina que extrae de la carpeta la fotografía de un tiki de las islas Marquesas, para enseñar al jurado de qué está hablando exactamente. Unas veces lo hace mostrando la reproducción del tiki más impresionante que haya visto, el que Picasso prestó de su colección al Pabellón Marsan del Louvre, para la Exposición de arte indígena de las colonias francesas.¹³ La pieza dejaba ver marcas probatorias de haber sido empleada en ceremonias rituales y, mucho más importante todavía, exhibía cómo el talento folclórico daba una solución monocromática a la figura humana, con valores discretos y planos superpuestos, ejemplo de un clasicismo desconocido que fue la principal inspiración para el cubismo, la vía de Picasso para alejarse de la exuberancia colorida y desfigurada de los *fauvistas*, cuya originalidad era deudora de la indiscreta inteligencia del arte melanesio. Otras veces, les acerca una fotografía del tiki de Tristan Tzará, expuesta en la Galería Pigalle en 1930,¹⁴ para subrayar que la actitud de respeto que él tiene hacia las producciones de Aimée no difiere de la Tzara, cuando el poeta escribe: “Una función lógica de un orden superior rige el mundo de Oceanía. A su búsqueda nosotros destinamos lo más claro de nuestra noche”.¹⁵ Luego saca una copia del flamante artículo de Leiris acerca del arte de las Islas Marquesas. Pero nada, los muy necios, hundidos en el positivismo que seguía reinando en el sentido común de buena parte de los médicos, por más que se restriegan los ojos no ven más que un arte peyorativamente primitivo; ¿acaso el reciente libro de Luquet acerca del dibujo infantil, en muchos aspectos extraordinario, no señala que el desarrollo normal de los niños deberá pasar del realismo intelectual de la gráfica egipcia al realismo visual de la perspectiva renacentista? ¿Y no había él ya discutido esto

¹² Ibíd, p. 262.

¹³ Peter Stepan, *Picasso's Collection of African & Oceanic Art*, Prestel, London, 2007, p. 119.

¹⁴ Marc Dachy, “Du noir puisons la lumière”, prefacio a Tristan Tzara, *Découverte des arts dits primitifs*, Hazan, Paris, 2006, p. 14.

¹⁵ Tzara, “L’art et l’Océanie”, *Cahiers d’art*, n°4, 1929, en *Découverte des arts dits primitifs*, p. 43.

mismo, con Lévy-Valensi y Migault, al comparar las cartas de Marcelle C. con el programa surrealista? Así pensaba, Jacques Lacan, sin parar de sonreír y desayunando los dulces de la hagiografía de sí.



A todo esto, ¿qué habían pensado para sus adentros aquellos jueces? Del otro lado de la liza y presididos por el mismísimo profesor Claude, ellos naturalmente reconocían que esa tesis descollaba por encima de las que estaban acostumbrados a dar anuencia automática. Pero fue precisamente su superabundancia lo que los había tornado avaros. Como la bibliografía era desacostumbradamente extensa, políglota por demás y astutamente pertinente les acabó por resultar pedante cuando no fingida –Georges Heuyer, el maestro que más lo había consentido, le comentó incrédulo: “Si ha leído usted todo eso, lo compadezco”–.¹⁶ A las descripciones, ya se ha visto, las juzgaron demasiado adictas a las modas alemanas; a la argumentación, demasiado intrincada y con el agravante de no ofrecer resquicios a la vista; y al atrevimiento de la conclusión, demasiado psicoanalítico (¿y demasiado judío?). No menos irritante les pareció la escritura: era de un estilo en exceso eminente para un joven practicante. En una palabra, era como si el recién llegado, cuya laboriosidad e inteligencia nadie pondría en duda, no quisiese entender que para ingresar a una cofradía deben darse tanto pruebas de aplicación como de humildad.

Paul Guiraud, quizás la autoridad de la neuropsiquiatría francesa citada con mayor consideración por Lacan, logró decir todo eso en su reseña expeditiva, honrosa y contrariada:

El autor basa su teoría en unos veinte casos observados, la expone con una gran cantidad de detalles (200 páginas) en el caso Aimée. No es posible resumir las observaciones ni la discusión, es necesario leer el texto. Tenemos que señalar la fuerza del pensamiento de Lacan y su convicción asumidamente agresiva. El estilo es extremadamente cuidadoso; a la vez artístico y con complejidad filosófica. En nuestra época de celeridad y democracia, no es ése un medio seguro para difundir ideas; éstas hubieran ganado con algo más de simplicidad.¹⁷

¹⁶ Jacques Lacan [1959], De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis, en *Escritos 2*, Siglo xxi, ed. revisada en 2008, Buenos Aires, 2008, nota 6, p. 514

¹⁷ Allouch, Jean [1990/94], p. 593.

¡Claro que no podían reprobarlo!, incluso acabaron dándole una palmada en el hombro. En ese claustro de la Facultad de Medicina, con instancias de revisión muy reglamentadas, y cercados por la abundante concurrencia que se agolpó como testigo, el ejercicio de sus potestades estaba considerablemente restringida. Hay un testimonio de Lacan del que no cabe dudar, tanto por su fecha temprana —es de 1946— como por haber sido dicho ante un círculo de psiquiatras dirigido por Henri Ey, que había estado en el lugar del hecho:

Cuando rendía mi tesis, *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*, uno de mis maestros me rogó formular lo que en resumidas cuentas me había yo propuesto: “En suma, señor —comencé—, no podemos olvidar que la locura es un fenómeno del pensamiento...”. No digo que hubiera así indicado suficientemente mi propósito: el gesto que me interrumpió tenía la firmeza de un llamado al pudor: “¡Caramba! ¿Y qué más? —señalaba—. Pasemos a las cosas serias. ¿Va usted a dejarnos con un palmo de narices? No deshonremos esta hora solemne. *¡Num dignus eris intrare in nostro docto corpore cum isto voce: pensare!* [¡Y ahora serás digno de entrar en nuestra corporación con este término: pensar!]”. No obstante, se me graduó de doctor, con los estímulos que conviene dar a los espíritus impulsivos.¹⁸

Así fue como se salió con la suya, y el flamante doctor Jacques Lacan pudo retirarse a brindar acompañado por los ochenta colegas y amigos que habían presenciado el evento con la boca cosida. La escena dio que hablar; sin embargo, lo que ni el doctorcito, ni el jurado, ni ninguno de los testigos pudieron vaticinar esa tarde fue que no habían asistido a una anécdota aislada, sino al cumplimiento de una fórmula que jalonará el destino de su protagonista. La ordalía de jurados recelosos, la compañía de seguidores entusiastas, la ausencia de ciertos compañeros, como Paul Sivadon, que prefirieron no ir y, de parte suya, la realización de trabajos tan fenomenales como empecinados en no disimular su valía ni su discordia. Constelación que conformará un guión pertinaz para las siguientes tres décadas. Con la única salvedad de que, en las siguientes ocasiones, vale decir en escenarios de la comunidad psicoanalítica, el espejo del día siguiente pocas veces volverá a reflejar la sonrisa de nuestro héroe.

Afortunadamente, también habrá insistencias benefactoras. La experiencia clínica continuará dándole oportunidades para desarmar lugares comunes y

¹⁸ Lacan, Jacques (1946), “Acerca de la causalidad psíquica”, en *Escritos I*, Siglo xxi, Buenos Aires, ed. nuevamente corregida, 2008., p. 161.

ritos de la práctica profesional. Y aunque, para conseguirlo, deberá continuar ensimismado, maniobrando en medio de remolinos donde concurren agitadas dos o más corrientes de pensamiento, él logrará arreglárselas bastante bien para tener seguidores interesados en su complicación y para que el amor, preferentemente el de dos mujeres a la vez, no le sea arisco ni avaro.



El siguiente ciclo de ese destino de veredictos poco acogedores comienza a insinuarse en algún momento, más temprano que tarde, del análisis personal de Lacan –iniciado presumiblemente a fines de 1932– y culmina ruidosamente en mayo de 1939, el día que aparece el nuevo número de la *Revue française de Psychanalyse*, órgano oficial de la Sociedad Psicoanalítica de París (SPP). Sabía de antemano que su nombre figuraba allí de otra manera de la que era ya habitual. Se precipitó a leer la última página, la de las novedades de la Asociación Internacional de Psicoanálisis (más conocida por su acrónimo en inglés: IPA), y en el apartado dedicado a Francia comprobó que se lo anunciaba finalmente como Miembro titular.

Membres titulaires

Lacan, Dr. Jacques, 97, Boulevard Malesherbes, Paris VIII.

La dirección no era la de rue de la Pompe, por entonces convertido en consultorio y sitio de reuniones de estudio, sino la del domicilio conyugal donde vivía, desde hacía cinco años, con Marie-Louise, hermana de su amigo Sylvain Blondin. Por cierto se había salido nuevamente con la suya, al obtener el grado de titular como antes el de doctor, pero fue un otorgamiento que tardó más de lo acostumbrado. Daniel Lagache, por ejemplo, adhiere a la SPP en 1936 y es titular en 1937.¹⁹ El único responsable de tanta demora había sido su analista, Rudolph Loewenstein, que se había resistido a concederle el alta del análisis didáctico con anterioridad. Y no por el hábito a la procrastinación: Lagache había pasado por su diván, y otro tanto Sacha Nacht, ascendido en 1929 luego de menos de dos años de espera.

¹⁹ Alain de Mijolla, “France 1893-1965”, en Peter Kutter (ed), *Psychoanalysis International. A guide to Psychoanalysis throughout the World, vol. 1: Europe*, Frommann-Holzboog, Stuttgart-Bad Cannstatt, 1992, p. 93.

La sonrisa con sombras de amargura volvió a iluminarse cuando, yendo unas páginas hacia atrás encuentra Lacan ante la Familia, una reseña dedicada a *La familia*, el texto apretado y ambicioso que recientemente había entregado para un fascículo de la difundida *Encyclopédie française*.²⁰ Era equiparable a un libro breve. Antes de leerla, se puso a contar y quedó asombrado al descubrir que la reseña ocupaba 22 páginas. Llevaba la firma de Édouard Pichon, uno de los fundadores de la Sociedad y el que más había hecho para que Loewenstein lo habilitara de una buena vez como titular.

El primer párrafo era de una cordialidad inaudita y Jacques Lacan, aunque jamás fue alguien que dudara de su propia valía, tuvo que releerlo tres veces para reponerse de la complacencia: “Aquí tenemos a Jacques-Marie Lacan elegido miembro titular de la SPP, lo cual por cierto es algo; pero, felizmente para él, no tuvo que esperar a nuestra votación para ser alguien. En efecto, a justo título, Lacan es visto como una de las mentes más brillantes de la nueva generación de la psiquiatría francesa.”²¹ Hasta ahí un sueño, el resto será una pesadilla.

Se objetará que la última parrafada de Pichon parecía inspirada en la de la reseña de Guiraud. La misma advertencia benévola al joven impetuoso que corre peligro de acabar como un profeta clamando en el desierto (“Adelante, Lacan: continúe marchando bravamente por su propio sendero a campo traviesa, pero sírvase dejar detrás suficientes piedritas blancas para que se lo pueda seguir y llegar adónde usted está; mucha gente, que lo ha perdido de vista, se figura que está extraviado”²²). Sin embargo, la nota del psiquiatra está lejos de ensañarse con el estilo de Lacan hasta el extremo en que lo hace el artículo del psicoanalista. Para empezar, Pichon acusa en sus preciosismos el indicio de una debilidad por lo exótico y lo extranjero: la inclinación a añadir artículos innecesarios para jerarquizar ciertos sustantivos –decir *el otro*, en lugar de *otro*– es prueba de un germanismo “inútil y antifrancés, al uso de los alógenos o los xenófilos”; el no empleo de la distinción que hace la lengua francesa entre *civilización/cultura* le parece corta y no menos antipatriótica; y le parece el colmo cuando Lacan se obstina en emplear el término *dialéctica* en el sentido hegeliano-marxista y no como sinónimo de *diálogo*. En una

²⁰ Luego reeditado como *Los complejos familiares* en Jacques Lacan, *Otros escritos*, Paidós, Buenos Aires, 2012.

²¹ Édouard Pichon, La famille devant M. Lacan, en *Revue française de Psychanalyse*, tomo xi, n°1, 1939, p. 107.

²² Op. cit., p. 135.

palabra, sentencia, “su estilo es hermético e inexacto”.²³ Pero como, al mismo tiempo, es inocultable que ese estilo está por encima del de la mayoría de los autores de la *Revue* (“él sabe escribir, y escribir bien: muchos pasajes de sus obras nos resultan convincentes”), Pichon querrá atrapar esa condición elusiva haciendo el retrato de un simulador intrigante (“Las dificultades de su estilo son por el acorazamiento, los blindajes en que secundariamente se refugia, para solamente mostrarse bajo el aspecto premeditado de un caballero de tal o cual cofradía.”),²⁴ y entregando el psicodiagnóstico de un inanalizable, con lo cual parece concederle la razón a las peores reticencias de Loewenstein:

¿Se dirá que le hago reproches meramente formales? Sería de más psicólogo pensarlo. El empleo que se hace del lenguaje es revelador de actitudes mentales profundas. No llamar a la *tradición* por su nombre, en el mismo momento en que se le reconoce su importancia, es una huella afectiva de escotomización. Hablar en francés de “momento dialéctico”, para decir que el masoquismo es un compromiso que resuelve tan bien como mal una antinomia conflictiva, es enmascararse en una actitud de escuela que haría explotar a los quiritas. Yo efectivamente exploté, y Lacan estará contento.²⁵

Desde luego, la reseña incluye observaciones, aclaraciones e incluso malentendidos preciosos, de los que sacaremos provecho más adelante; pero como juez montado en la ira, Pichon nos agota. Página tras página con la cantinela de: en todo lo que no me gusta de *La familia*, descubro peligros para Francia y el psicoanálisis; en todo lo que sí me gusta, descubro que ya fue dicho (“Me pregunto si, en la cuestión del estadio sadomasoquista del desarrollo, Lacan no describe sin más los mismos hechos que Codet, Laforgue y yo, cambiando únicamente las palabras”);²⁶ “Se hace alusión al trabajo de Laforgue sobre la madre-nutricia pero sin pronunciar su nombre”²⁷), y esto último porque, en buena medida, a Pichon, como más tarde a otros críticos de *La familia*, se le pasa por alto que la *Encyclopédie française* no incluía las referencias bibliográficas en los fascículos correspondientes sino al final de cada tomo.²⁸

²³ Op. cit., p. 119.

²⁴ Op. cit., p. 108.

²⁵ Op. cit., p. 110

²⁶ Op. cit., p. 120.

²⁷ Op. cit., p. 124.

²⁸ Debo la observación a un artículo inédito de Juan Pablo Lucchelli referido indebidamente a Lacan por no haber presuntamente citado a H. Wallon: “ningún autor de la *Encyclopédie* cita sus fuentes en el artículo escrito y es al final del volumen que una bibliografía detallada enumera las referencias.”

Para terminar con el juego de diferencia entre las reseñas de Guiraud y Pichon, agreguemos que hay otro aspecto en el que el psiquiatra se mostró más reservado que el psicoanalista: en la tentación de ventilar y tomar partido en pugnas internas en que se había enredado el joven autor. Por su parte, Guiraud no hace la menor sugerencia de que, en la tesis, Lacan omitió deliberadamente el nombre y la importancia de la obra de Clérambault, incluso en referencias al automatismo mental y a los delirios pasionales, respondiendo seguramente al maltrato que había recibido de ese maestro en el salón de la Société Médico-Psychologique.²⁹ Aunque Paul Guiraud era un amigo bien cercano de Clérambault, no se le ocurre mencionar el asunto para disciplinar al joven engrdeído. Todo lo contrario hará Pichon a propósito del encontronazo entre Lacan y Loewenstein del 22 de febrero de 1938 en el salón abarrotado de la Xª Conferencia de Psicoanalistas de Lengua Francesa. Episodio ineludible si nos acercamos al enigma de cómo fue que el prometedor Jacques Lacan, el residente de neuropsiquiatría que había arriesgado la aprobación del doctorado por su prisa en emplazar al psicoanálisis en la cuestión de la psicosis, terminó siendo admitido tarde y a duras penas por la cofradía de los psicoanalistas franceses.



Esas demoras en incluirlo sorprende si consideramos, además, lo bien que se había iniciado su acercamiento a la SPP. Primero fue, naturalmente, a través de lecturas entusiastas. ¿Desde cuándo, de qué textos? Los historiadores profesionales están tan presionados por protocolos académicos que, a veces, terminan creyendo que los acontecimientos comienzan recién cuando tienen la amabilidad de dejar pruebas fehacientes. Pero no, Lacan supo de la SPP primero a través de alusiones chistosas escuchadas a sus mayores de la residencia neuropsiquiátrica de Sainte-Anne; luego cayó en sus manos alguna revista prestada y devuelta o comprada y perdida, en vez de depositada en su biblioteca (la que, por otro lado, sigue clausurada por los herederos como si se tratara del Sanctasanctórum). Lo que aquí cuenta son los muchos indicios de que se interesó por la *Revue française de Psychanalyse* antes de conocer a Aimée; por más que algunos giros de la tesis quieran sugerir aplicadamente lo contrario: que fue la clínica y solamente ella la que lo obligó abrazar la

²⁹ Cfr. capítulo 9 de *La novela de Lacan 1, de neuropsiquiatra a psicoanalista*, El cuenco de plata, Buenos Aires, 2013.

teoría psicoanalítica. Como mínimo hubo una inspiración mutua entre lo que la singularidad de ese caso despertó en Lacan y su conversión al psicoanálisis. Veamos el porqué.

Lo que él encontró de instigador en Aimée fue lo que le faltaba. Días antes de ser trasladada a Sainte-Anne desde la prisión de mujeres, el rico cuadro delirante que la había empujado al acto criminal se apaga súbitamente. “¿Cómo he podido creer eso?”³⁰ les dice a las asombradas reclusas y a las monjas. Pasan los meses y eso se sostiene –y así continuará hasta la muerte de Aimée, cincuenta y un años más tarde–. Era una evolución observada excepcionalmente en una paranoia tan clásica como la suya, con diez años ininterrumpidos de agitada actividad delirante –apenas atenuada en el transcurso de una internación previa–, con espigas esporádicas de violencia y escándalo, que requirieron a veces de la participación policial. El pronóstico previsible auguraba un delirio crónico más o menos sistematizado por el resto de su vida. Y aunque esa cura espontánea persistía, no era de fiar: lo más esperable era que resultara circunstancial. No era un caso muy digno de interés para quien buscaba la punta del ovillo para armar la tesis. Debido al antecedente penal, con ella no había la menor posibilidad de intentar permisos de salida y de restitución al medio familiar e incluso laboral: aunque inimputable para la justicia común, estaba de antemano sentenciada a un largo confinamiento. Resultaban mucho más prometedores los casos limpios de antecedentes criminales y con una sintomatología encendida y múltiple, como el elegido por Lacan en su primer año para el artículo *Novela policial. Del delirio alucinatorio crónico al delirio de imaginación*, y más prudente aún era perseguir a través de varios casos a un único síntoma estrella, como lo hicieron Henri Ey y Daniel Lagache con las alucinaciones. ¿Por qué, entonces, Lacan apostó a esa empleada buenamoza de la oficina de correos?

Si nos atenemos al hilo de sus últimas publicaciones, Aimée debía naturalmente interesar al autor de *Estructura de las psicosis paranoica*, y como contar con una producción escrita considerable y de llamativa calidad, continuaba y aceleraba el giro doctrinario que él había dado a partir del artículo acerca de las cartas de Marcelle y el que vendría a propósito de los altos rendimientos escolares del niño con la demencia precocísima. Lo sucedido a Aimée era, además, un engorro para la hipótesis de la patogenia orgánica de la psicosis

³⁰ Jacques Lacan [1932], p. 141.

—a la que sabemos que había dejado de adherir luego del caso de la sifilítica con automatismo mental—. Si en los delirios paranoicos subyaciera un daño cerebral, ¿cómo pudo un hecho social, el encarcelamiento y el escarnio de la prensa, provocar en Aimée semejante apagamiento sintomático? Atendiendo a esto último, Lacan conjeturó una hipótesis completamente novedosa para lo que había escrito hasta la fecha, la de un “mecanismo” de autopunición: si el castigo propinado por la sociedad la había curado, al menos temporariamente, ¿por qué no arriesgar que el acto criminal tenía como meta esa consecuencia? No la del asesinato premeditado (eso sería lo de menos) sino la del castigo social. La autopunición como el primer motor. Lacan llega a sugerir que esta idea ni siquiera le vino de una deducción clínica con ésta, sino directamente de boca de Aimée:

Frente al enigma planteado por el delirio asesino de Aimée, es inevitable que todo el mundo asedie a la enferma con las mismas preguntas, aparentemente vanas. «¿Por qué —le preguntan un día por centésima vez en presencia nuestra—, pero por qué creía usted que su hijo estaba amenazado?» Impulsivamente, ella responde: «Para castigarme.» «¿Para castigarla de qué?» Aquí Aimée titubea: Porque yo no estaba cumpliendo mi misión...»; y, un instante después: «Porque mis enemigos se sentían amenazados por mi misión...» A pesar de su carácter contradictorio, ella mantiene el valor de ambas explicaciones.³¹

Pero más nos valdrá ser un poco escépticos con las delicias del empirismo clínico, de la clínica soberana. En primer lugar, porque habrían sido necesarios algunos años de ausencia de actividad delirante para incitar seriamente, no digamos siquiera verificar, la hipótesis del valor autocurativo de semejante evolución. Sin embargo, al fin del escaso año y medio que Lacan estudió a Aimée, la tesis ya estaba escrita. Algo más debió ocurrir para apremiarlo a proseguir con el caso. Algo que incluso tal vez, lo convenció desde el primer momento a tomarlo.

Para dar cuenta de este giro de la novela de formación de Lacan, encuentro la pista más verosímil en la *Revue française de Psychanalyse*.³² Porque el postulado de la autopunición, la idea de que alguien pudiese centrar su vida en

³¹ Jacques Lacan [1932], p. 229.

³² Advertí la importancia del contexto de la *Revue* a partir del artículo de Federico Corniglio: Acerca de algunas incidencias del psicoanálisis francés en la producción del joven Lacan (1932-1938), rev. *Culturas Psi/Psy Cultures*, Buenos Aires, marzo 2016, N°6, pp. 138-157. ppct.caicyt.gov.ar/index.php/culturaspsi/article/download/8317/pdf

procurársela, era tan novedosa para la producción previa del residente Lacan como corriente y redundante para la revista de la SPP. Desde el primer número, publicado en 1927, hasta el segundo número de 1932, el previo a la fecha de entrega de la tesis, el término *auto-punition* figura en 269 oportunidades, repartida en 17 artículos.



Esa clave interpretativa aglutinadora para el psicoanálisis francés alcanzó la máxima difusión en la Vª Conferencia de Psicoanalistas de Lengua Francesa, reunida en junio de 1930 en el anfiteatro de Sainte-Anne. De los tres informes presentados, prevalece el de las 80 páginas de Hesnard y Laforgue: Los procesos de auto-punición en la psicología de las neurosis y las psicosis, en psicología criminal y en patología [médica] general, que fue seguido de una larga discusión. El mantra *auto-punition* se escucha ese día 139 veces. ¿Estuvo Lacan entre los concurrentes? No lo sabemos. De todas maneras, solamente una muy ardua y sería investigación que demostrara lo contrario nos privará de la certidumbre de que estuvo allí. Wladimir Granoff conoció a Lacan cuando tenía cuarenta y pico de años y le sorprendió su excelente disposición para emprender aventuras: “Cuando uno de nosotros decía; «¿Y si fuéramos al bosque de Boulogne y soltáramos los botes, quién quiere venir?»», era Lacan el que decía «Yo primero»”;³³ cuesta creer que, con 30 años recién cumplidos, tuviese pereza para caminar hasta el anfiteatro a espiar a los psicoanalistas. Y de no haber asistido, por razones de fuerza mayor, es imposible que no haya recibido noticias del acontecimiento y luego haya ignorado la aparición del primer número de 1931 de la *Revue* con todo eso documentado. Esa revista salió poco antes de que Aimée fuera detenida. En la tesis no disimula su importancia: “Para los médicos de habla francesa, ningún trabajo nos parece más digno de atención que el notable informe de Hesnard y Laforgue presentado a la Vª reunión de los psicoanalistas franceses (París, junio de 1930)”,³⁴ y afirma una adhesión sin ambages a su marco teórico: “el análisis de los determinismos autopunitivos y la teoría de la génesis del super-ego, por él engendrada, representan en la doctrina psicoanalítica una síntesis superior y nueva”.³⁵

³³ Granoff, Wladimir, *Lacan, Ferenczi y Freud*, Epeeel, México D.F., 2004, p. 16.

³⁴ Jacques Lacan [1932], nota 3, p. 228.

³⁵ Ibid.

¿Hay al menos constancia de que Lacan se había acercado a esa revista y/o a sus autores por esas fechas? Sí, la más convincente lleva la fecha de octubre de 1931. Ese día Lacan concurre a la VIª Conferencia de Psicoanalistas de Lengua Francesa, nuevamente realizada en el anfiteatro de Sainte-Anne. En el siguiente número de la *Revue* aparecerá una nota social nombrando a Lacan entre los once “médicos interesados en el movimiento psicoanalítico”.³⁶

Dans l'assistance, on remarquait, en outre, des psychanalystes étrangers, tels : MM. Rieti, Garma ; nombre de médecins s'intéressant au mouvement psychanalytique, telles : Mmes les Doctoresses Françoise Min-kowska, Odette H. Codet ; tels : MM. les Docteurs Bonhomme, Ey, Flurin, → Lacan, Le Guillant, Maury, Papillault, Pichard, Gilbert-Robin, Linder ; enfin, des personnalités extra-médicales telle Lady Elmore, tel M. l'abbé Jury, tels aussi MM. Chentrier, Damourette, Jean Rostand.

De la Conferencia de 1930 no se había informado acerca de los concurrentes. Pero si la de octubre de 1931 fue su primera asistencia, ese sólo acontecimiento debió dejarle a las claras que, a cinco años de fundada, la SPP era un jarrón con gruesas líneas de fragmentación a la vista. Con grietas separando miembros de raigambre nacionalista de los internacionalistas; los no estrictamente freudianos de los declaradamente freudianos; los religiosos de los ateos; los que bregaban para que el psicoanálisis fuera una práctica exclusiva para médicos de los que no. Aunque no siempre era así, tendían a polarizarse de un lado los nacionalistas, católicos, tíbiamente freudianos y partidarios de la medicalización, y del otro los que invertía tales preferencias. Al ubicuo Jacques Lacan nada de eso le resultaba ajeno. Habiendo cursado los estudios primarios y secundarios en Stanislas, colegio de elite de la burguesía católica parisina (por sus aulas pasaron Paul Richer, Clérambault, Charles de Gaulle, Christian Dior...)³⁷ él estaba muy familiarizado con los códigos del integrismo nacionalista; y siendo estudiante universitario no se había privado de curiosar en las filas de Charles Maurras. No en vano el nacionalista, católico y poco freudiano doctor Édouard Pichon no quería verlo alejarse de una SPP dominada, a su entender, por el materialismo laico francés e invadida por el ascendiente freudiano de los refugiados judíos de Europa central. Sin embargo, desde la adolescencia Lacan se había también entusiasmado con Spinoza y Nietzsche,

³⁶ *Revue française de Psychanalyse*, tomo V, n°1, 1932, p. 168.

³⁷ Cfr. George Sauvé, *Le collègue Stanislas: Deux siècles d'éducation*, Patrimoine & médias, Paris, 1994.

y leído tanto del alemán de Goethe como del latín de San Agustín. Además, como conocedor de las últimas noticias de la neuropatología en el laboratorio de Gustave Roussy, no pudo dejar escapar un resoplido de impaciencia hacia el sector que aplaudía a Rene Allendy luego de augurar: “Al menos en Francia, el psicoanálisis permanecerá subordinado a la medicina general, la neurología y la psiquiatría, o no será nada”, y tanto más cuando leyeron la carta enviada por Angelo Hesnard desde altamar, donde cumplía compromisos con la Marina. Las pretensiones de forzar un casamiento de la medicina con el psicoanálisis se explicaban, al entender del joven Lacan, exclusivamente por la voracidad económica de privilegios gremiales.

En semejante atmósfera, se inclinó hacia el otro bando, encabezado por la princesa Marie Bonaparte, esposa del rey de Grecia y sobrina nieta de Napoleón. Aunque no contaba con el respaldo del título de médica, era figura respetada e ineludible porque sostenía con su fortuna los mayores gastos de la SPP; además, destacaba del resto por haberse analizado con Sigmund Freud, quien la supervisaba permanente a través de una copiosa correspondencia (hasta hoy día bajo llave). “El psicoanálisis se volverá clínico o morirá, nos acaba de decir Hesnard. Este problema hay que situarlo de una manera diferente”, comenzó la replica de la princesa, luego secundada por el polaco Rudolph Loewenstein, venido del Instituto Psicoanalítico de Berlín. Ostentando, él sí, el título de médico, pareció querer terciar (“Si Hesnard hubiese estado aquí presente, sus reproches hubiesen sido indudablemente menos vehementes e injustos. Se trata de un simple malentendido, el de hacer creer que el psicoanálisis es negligente en su concepción clínica”) pero lo hizo sin ceder un centímetro de territorio a la otra parcialidad. ¿Fue debido a esas intervenciones que Lacan comenzó a rumiar ya que podría elegirlo como analista? ¿Y fue debido a que tanto aqueos como troyanos se dirigían al suizo Odier con especial veneración, que acabó por tomarlo como el supervisor de sus casos? Nunca se sabrá. Pero es incuestionable que las actas de esa discusión de 1931 dejan a la vista de cualquiera que no había armonía posible entre los dos bandos de la SPP; aunque sí una voluntad de pacificación despertada cuando parecía que todo volaría por los aires. Ninguno se arriesgaba a quedar fuera del jarrón con las siglas de la SPP afiliada a la IPA.



Y así seguirán hasta que se fractura con la llamada “escisión” de junio de 1953; precisamente en el momento en que a Jacques Lacan le correspondía ocupar la presidencia. Fue justo entonces cuando estalló el siempre pospuesto debate de los programas de formación, con la amarga consecuencia de que, por escasos votos, la parcialidad a la que adhería Lacan debió abandonar la Sociedad y fundar otra institución, la Sociedad Francesa de Psicoanálisis (SFP). Ni él ni nadie de ese grupo sospechaban que eso los llevaría a un trámite de más de diez años para que la IPA los acogiera, y eso que sería al precio de dejar fuera a Lacan y a sus más adeptos. De manera que si tomamos en cuenta que la SPP estuvo cerrada durante la guerra, de mediados de 1939 a 1947 (la *Revue* recién reapareció en 1948), fue apenas por siete años que Lacan gozó de la condición de miembro de la internacional psicoanalítica.

Cuando mengua la tormenta de 1953, le enviará una larga carta a Loewenstein, por entonces afincado en Estados Unidos:

 Mi querido Loew: Si no le escribí antes acerca de los acontecimientos literalmente extravagantes que acaba de atravesar nuestro grupo, fue a causa de la solidaridad que dominó mi conducta desde que a él pertenezco. Ahora, como usted sabe el vínculo está roto [...] el fruto de nuestro esfuerzo de estos últimos años, que creímos durante largos meses que nos estaba siendo arrebatado, así lo fue y de la manera más perniciosa.³⁸

No, Jacques Lacan no sonreía cuando la despachó en el correo.

Llamativamente, su acercamiento de 1931 no pudo haber resultado más auspicioso. Al año siguiente, la *Revue* lo invita a publicar su traducción de un artículo de Freud, “Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad”, que había realizado para la tesis. Muy pronto gana, de entre los miembros más jóvenes de la SPP, a un amigo, el emprendedor Sacha Nacht, un psiquiatra de su misma edad que había hecho una carrera meteórica: en dos años solamente había ganado la condición de titular y la promoción a director del Laboratorio de práctica psicoanalítica, el flamante consultorio analítico instalado en Sainte-Anne con la autorización del profesor Claude –los organizadores de la Vª Conferencia habían pegado afiches en las paredes del anfiteatro anunciando la novedad–. Pero esa

³⁸ Miller, Jacques-Alain (comp.), *Escisión, excomunión, disolución. Tres momentos en la vida de Jacques Lacan*, Manantial, Buenos Aires, 1987, p. 79.

desenvoltura y afán por ocupar sitios de poder será la piedra del escándalo de la escisión de 1953. Nacht no toleró la posibilidad de que Lacan lo sucediera en la presidencia de la SPP; desde el final de la guerra había acaparado para sí ese sillón y era muy listo para mover las palancas institucionales. “Entre los suyos, Nacht encontró seguidores que le permitían asegurarse la mayoría de votos”, detallaba Lacan en la carta a Loewenstein. Nacht, en efecto, se las arregló para ganar el dominio del instituto de formación, imponer el sello de la hegemonía médica y recobrar la presidencia por nueve años más. Le fue crucial contar con el apoyo de la princesa; aunque en principio era adversa a su línea de pensamiento, ella resultó sensible a la oferta de verse convertida en presidenta honoraria vitalicia de la SPP. De un solo golpe, Nacht dejó fuera a Lacan y al otro ascendente rival, Daniel Lagache, quienes debieron peregrinar a fundar el gueto francés de la SFP, carente de amparos e intercambios internacionales en los tiempos de la Guerra fría.



Pero retomemos las accidentadas circunstancias en las que Lacan consiguió, luego de larga espera, la titularidad anunciada a comienzos de 1939. Como ya dijimos, otra de las notas de la reseña de Édouard Pichon fue la de un ajuste de cuentas a Lacan por el atrevimiento de haber enfrentado públicamente a su analista. Al respecto, no debe pasarse por alto que la tradición francesa alienta la disputa intelectual y muestra una saludable tolerancia hacia arremetidas que, en otras geografías, serían groseras. Sin embargo, el ataque de Pichon sobrepasó la raya del debate de ideas y no se puede decir lo mismo de las objeciones lanzadas por Lacan.

La escena en cuestión transcurre en el debate de la comunicación central de la Xª Conferencia de Psicoanalistas de Lengua Francesa, pronunciada por Loewenstein. Cada año esas conferencias electrificaban las expectativas de notoriedad y los juegos de alianzas de la SPP. El título de la ponencia era El origen del masoquismo y la teoría de las pulsiones y la intervención de Lacan es ciertamente conocida³⁹; pero como se publicó sin incluir el contexto de interlocución, tanto su significación teórica como su *pathos* quedaron diluidos al resultar incierto a quiénes se dirige Lacan y contra cuáles argumentos pelea. Vale la pena ensayar una reconstrucción.

³⁹ Jacques-Alain Miller reunió en rev. *Ornicar?* n°31, 1984, las intervenciones de Lacan en la SPP publicadas en la *Revue française de Psychanalyse*.

Al término de un largo y poco inquietante informe de viñetas clínicas, Loewenstein cierra con una severa crítica contra el *Más allá del principio del placer* de Freud, texto que tenía al masoquismo por uno de sus pilares demostrativos. Según el orador, los freudianos ultra-ortodoxos perdían el tiempo ensayando convalidaciones clínicas; porque no habría más que una sola energía y no dos, como aseveraba Freud al proponer la pulsión de muerte como una fuerza biológica de otra suerte, ajena y adversa a la supervivencia adaptativa y a las realizaciones placenteras. En lugar de eso, insistía, hay que pensar en una sola energía que desciende y se incrementa, fluye y refluye, con efectos que se emparentan a la asimilación y la desasimilación metabólica:

En el presente trabajo traté de demostrar que el problema del masoquismo, tanto desde el punto de vista dinámico como el económico, no necesita para ser explicado recurrir a la hipótesis de las pulsiones de muerte [...] El masoquismo es un modo de adaptación instintiva, un modo poco feliz como tantas otras manifestaciones humanas [...] El ingenio puesto por ciertos autores para conciliar los hechos y su interpretación con la hipótesis de la pulsión de muerte, no conducen a ninguna solución satisfactoria o convincente. La necesidad de reposo o de realizar movimientos agresivos, está tan estrechamente ligada a la conservación del individuo y a los impulsos vitales, que ningún artificio teórico podrá atribuirle a la autodestrucción [...] El reposo tiene muchos lazos con los fenómenos biológicos de desasimilación con que, por otra parte, Freud compara a las pulsiones de muerte. Puestos en el terreno energético, los biólogos consideran que la asimilación y la desasimilación se acompañan de un aumento y una disminución del potencial energético.

Los representantes de la ultra-ortodoxia señalados por Loewenstein eran Edoardo Weiss (caído por entonces en desgracia por haber cometido la torpeza de hacer firmar a Freud una dedicatoria a Benito Mussolini) y Hermann Nunberg (complicado en su intento de instalarse en Nueva York); de su lado, en cambio, colocaba a la primera fila del gobierno del psicoanálisis internacional: a Franz Alexander (que encabezaba el Instituto de Chicago), a Ernst Jones (presidente de IPA y de la Sociedad Británica de Psicoanálisis), a Fenichel (recién instalado en la mítica ciudad de Los Ángeles) y, naturalmente, a la princesa Bonaparte, por entonces su benefactora, amante y paciente:

Esta manera de ver, aplicada al dominio de las pulsiones de muerte, es la de muchos autores psicoanalíticos como Alexander, Jones, Fenichel y Marie Bonaparte; ésta última habla de degradación de la energía en los procesos imputados a las pulsiones de muerte. A mi entender, esta concepción es la

única aceptable. Es en efecto totalmente inconcebible imaginar una energía particular que tenga como característica la de destruir aquello de donde emana.

Y, para asestarle el golpe de gracia a la hipótesis de Freud, subrayará que la pulsión de muerte no soporta la confrontación con el estado del arte de la biología de 1938:

Debido a que la teoría de las pulsiones está esencialmente derivada de concepciones biológicas y energéticas, no se puede atribuir a cierta presión de muerte [...] características absolutamente inconcebibles en el dominio biológico que reclama la teoría de las pulsiones. El fenómeno de retorno al estado inorgánico, la muerte, igual que el reposo son procesos de bajo potencial energético.

A lo cual agrega una nota a pie de página que nos deja *patitiosos*: “Debo estas nociones de energética biológica a la amabilidad de la señorita Bethsabé de Rothschild”. Se refiere a la hija del barón Edouard de Rothschild y la baronesa Germanie. Más tarde, Bethsabé será conocida como una magnánima mecenas de las artes y del ballet en particular; sin embargo, hacia esa fecha, era una joven de 23 años recién recibida como licenciada en biología, grado que en vano intentará complementar en la Universidad de Columbia. La inclinación del analista de Lacan por la nobleza adinerada era indisimulada.

El informe despierta un acuerdo prácticamente unánime, hasta que Lacan pide la palabra y dice:

La complicación extrema de esta discusión sobre el masoquismo surge de una suerte de diplopía que nos captura cada vez que interviene este trasfondo del instinto de muerte. Creo que es difícil eliminar de la doctrina analítica la intuición freudiana del instinto de muerte. Intuición, porque, para la actualización doctrinaria, queda aún mucho por hacer, como nuestra discusión lo prueba; pero sin duda me parece extraordinario, por parte de algunos, decir que, en lo que respecta al tema de los instintos de muerte, Freud hizo una construcción especulativa y ha estado alejado de los hechos.

Ese “algunos”, tan incierto cuando desconocemos el contexto, salta ahora a la vista que es el modo más cortés que encuentra para señalar a la mayoría de los participantes del debate y, antes que a nadie, a Loewenstein. Acto seguido, y ya sin reverencias, apunta al corazón biólogo de la ponencia, revelando una lectura aguda de Freud y un dominio seguro de las artes de la disputa:

Es más especulativo querer que todo lo que encontramos en nuestro dominio tenga un sentido biológico que [figurarse], persiguiendo la experiencia concreta del hombre –y ninguno otro la tuvo más en su siglo que Freud–, haya surgido una noción bastarda, que nos deja estupefactos. Poco me importa que esta constituya un enigma biológico [...] Freud precisamente, partía de una formación, de una mente biológica, y luego del contacto con la experiencia de los enfermos, pronunció estas palabras que debían serle difíciles: «El instinto de muerte es una cosa que debemos tener en cuenta, me parece hacer una especie de irrupción feliz en este biologismo que molesta demasiado».⁴⁰

Corría el mes de febrero; al término de ese año, el comando de la SPP se reúne para decidir, entre otros puntos, si a Lacan se lo nombrará o no titular. La convicción de aprobarlo estaba lejos de ser unánime y se asegura que Pichon canjeó el voto de aceptación a la entrada de Heinz Hartman, refugiado de la ocupación nazi de Viena, por la titularidad en litigio.⁴¹ En esas negociaciones, el desafío público de Lacan a su analista debió estar en la balanza y, seguramente por eso, Pichon dio la palabra (o se prometió) no dejar pasar la oportunidad para disciplinar a su protegido. Escribiendo *Lacan ante la familia*, encontró la ocasión ideal para aplicar correctivos, para enseñarle cómo debe comportarse quien busca ser acogido por la gran familia de la SPP. Por eso la reseña aprovecha las líneas en que el libelo de Lacan menciona la pulsión de muerte para dejar anotado, algo forzosamente, que se trata de una “concepción freudiana a la que su psicopompo, Rudolph Loewenstein, hizo una pertinente crítica”.⁴² Más adelante, saca mejor partido del pasaje en el que Lacan coquetea con una posible incidencia de la biología en las psicosis. Allí es donde le pone el cero en conducta: “Nos parece que el autor recae claramente aquí en ese biologismo gratuito que reprocha, por otro lado, a freudianos de estricta observancia”.⁴³ El nuevo titular es, entonces, un biólogo descaminado que tira piedras a los biologismos acertados, un hechizado por luces extranjeras, un sujeto que escotomiza sus afectos, un enmascarado sin fidelidades seguras, un extraviado en los propios juegos de lenguaje.



⁴⁰ Introduzco una leve modificación de la traducción publicada. (El original dice: “Il est plus spéculatif de vouloir que tout ce que nous trouvons dans notre domaine ait un sens biologique, que, en suivant cette expérience concrète de l’homme – et nul autre plus que Freud ne l’a eue en son siècle – de faire sortir une notion bâtarde, stupéfiante. Peu m’importe que ceci constitue un énigme biologique”).

⁴¹ Roudinesco, Élisabeth [1993], p. 135.

⁴² Édouard Pichon, op. cit., p. 114.

⁴³ Idib., p. 129.

Una mañana de comienzos de la década del setenta que en sus memorias Catherine Millot elige no fechar, Jacques Lacan piensa en el día que rehusó sumarse a la cena organizada por dos viejos hermanos de análisis, Nacht y Lagache, para festejar la primera visita de Loewenstein a París desde su precipitada partida en medio de la guerra. ¿Estaba arrepentido del desplante? No. En ese momento, era a mediados de 1965, no habían pasado ni siquiera cien días desde que, luego de interminables negociaciones y desengaños, el Ejecutivo de la IPA había propuesto incluir a la SFP en su marco siempre y cuando se cumpliera la condición indeclinable de que Jacques Lacan quedara excluido de la lista de analistas didácticos y se prohibía a todos los candidatos en formación escuchar sus seminarios; en cuanto a aquellos que ya estaban en su diván, y que era un buen número, tenían 70 días para cambiar de analista y no quedar exonerados. El veredicto era resultado de dos informes de una comisión inspectora presidida por Turquet. La reciente liberación del secreto de sus archivos dejó a cielo abierto las decisivas presiones de la cúpula de la SPP (desde 1957 la princesa Bonaparte era presidenta honoraria también de IPA y Nacht uno de los vicepresidentes de IPA en el período decisivo de los años 1957-1965)⁴⁴, y cómo Daniel Lagache, secundado por Granoff, aceptan los requerimientos que dejan a Lacan y a los suyos sin otra opción sensata que la del alejamiento definitivo⁴⁵. Antes que la muerte analítica, era preferible entregar la bolsa con la sigla de la SPP.

Pero hubo algo que a Lacan le hubiese reconfortado saber y nunca se enteró a propósito de esa cena a la eligió faltar. Y es que, en los cuarteles de la SPP, habían previsto celebrarla cinco años antes, pero los cabildeos habían hecho que a Loewenstein le resultara intolerable la perspectiva de sentarse a la mesa con Nacht. Es un embrollo que desmiente la historia oficial lacaniana y antilacaniana. Las pruebas figuran en la carta de Loewenstein a Marie Bonaparte del 17 de febrero de 1960, revelada en 2012 por Alain de Mijolla:

Tenía mis buenos motivos cuando, tiempo atrás, te pedí que no le mencionaras a Nacht ni a nadie mi idea de ir a París una o dos semanas. El caso es que se lo contaste a Annete, y ella se lo dijo a Lebovici y quizás a Nacht. Lebovici me escribió una carta mecanografiada y sin firma diciéndome que, para entonces, Nacht se encontrará allí. ¡Por su lado, Nacht nunca se digno a escribirme! Conozco muy bien a esos tipos... Por orgullo y vanidad, Nacht nos detesta

⁴⁴ Alain de Mijolla [1992], p. 100.

⁴⁵ *El informe Turquet*, ed. Literales, Córdoba, Argentina, 2015.

a mí y a Hartmann: ambos fuimos sus analistas. La *Revue [française de Psychanalyse]* jamás publicó [desde que de él depende] un solo artículo escrito por Hartmann, por Kris o por mí. Hasta ahora únicamente apareció una reseña de la traducción del trabajo de Heinz [Hartmann] acerca de la adaptación: ¡cuatro insignificantes líneas! ¡Es deplorable! ¡De esa manera, obliga a la *Revue* a quedar, con respecto a la teoría psicoanalítica, 23 años atrasada! No, si voy a París el año próximo, lo haré sin ir a hablar al Instituto [de la SPP].⁴⁶

De esas obstrucciones tampoco parece haberse enterado la comisión inspectora de Turquet. ¿Cómo llegó IPA al veredicto de 1965? A la luz de nuestros días, cuesta entender su miopía e iniquidad; pero se vuelve más turbia cuando se insiste en acusar a la hegemonía anglo-sajona que, luego de la Segunda Guerra Mundial, dominó los rumbos de la Internacional. Las raíces de la calamidad son bien francesas y se plantaron, aún antes de las mezquindades de Nacht, entre 1932 y 1939.

Sí, en el paso del tiempo, en los seis años de análisis didáctico con Loewenstein, pensaba muchas veces el septuagenario Lacan, rememorando las ocho caminatas semanales de cuarenta minutos, desde el 149 de rue de la Pompe hasta el 127 de Av. Versailles. Se le aparecía, como en un juego mecánico, el rostro de Loewenstein abriendo la puerta. Una cara joven, desde luego, porque era apenas tres años mayor que su analizado. No lo había elegido como analista por la fecha de nacimiento sino por su formación berlinesa. Luego, más que recordar, sentía el peso del paso de los cuarenta y cinco minutos reglamentarios y el murmullo del Sena, fluyendo de derecha a izquierda por el ventanal del consultorio. ¿Asoció en alguna oportunidad que esas aguas habían transcurrido antes por Melun, la ciudad en que internaron a Aimée por primera vez? ¿Vería ella el río, desde la ventanita de la reclusión? Le estrechaba la mano a Loewenstein y rehacía el camino, para volver a empezar a veces al día siguiente. Practicar sesiones más cortas, esa fue la única acusación comprobable en que se fundó el proceso contra Lacan. De lo que enseñaba en los seminarios, “sólo el tiempo mostrará el valor”, admitía el informe Turquet.⁴⁷

⁴⁶ Alain de Mijolla [2012], *La France et Freud. D'une scission à l'autre*, tome 2, 1954-1964, PUF, Paris, pp. 225-26.

⁴⁷ Op. cit., p. 61.

¿Será cierto que, cuando Freud atendía con los perros en el consultorio, los animalitos se incorporaban al minuto cuarenta y cuatro, anticipando el corte de sesión del amo? ¿Cuál fue exactamente el kilometraje total de mi análisis didáctico? El viejo Jacques Lacan estaba echado en la cama semisonriente, parasitado por estas cuestiones ociosas la mañana que Catherine Millot, como si adivinara sus pensamientos, le rozó un pie para comprobar si estaba despierto y pedirle que le contara si le había resultado su análisis. La respuesta es conocida.



Millot se la contó a Élisabeth Roudinesco dándole permiso a incluirla en su respetada biografía de Lacan de 1993:

Para ilustrar la significación esencial de ese momento de su historia le contó una anécdota: un día que pasaba por un túnel al volante de su pequeño automóvil, vio un camión que venía derecho contra él. Decidió entonces seguir su ruta: el camión cedió el lugar. Participó a Loewenstein de este incidente, tratando de hacerle tomar conciencia de lo que era la relación transferencial de ellos dos. Silencio. La lucha a muerte, de la que Lacan aprendía a alimentarse en el seminario de Kojève.⁴⁸

Como después otros autores⁴⁹, la biógrafa subraya el carácter confrontativo de ese microrrelato. Millot, sin embargo, no lo había escuchado de esa manera, y lo objeta en *La vie avec Lacan* de 2016:

Su manera [decidida] de conducir un automóvil estaba pregnada de su ética. No fue por nada que, a manera de apólogo, Lacan se refirió con la siguiente anécdota a su análisis con Rudolph Loewenstein, un peso pesado [*poids lourd*, también: vehículo pesado] de la IPA: dentro de un túnel, al volante de un pequeño automóvil, Lacan ve aparecer de frente un camión a punto de adelantarse. Mantiene el pie sobre el acelerador y obliga al otro a volverse atrás. Esto puede parecer una disputa territorial, pero el mensaje era sobre todo que no se dejaría intimidar ni cedería a ningún poder.⁵⁰

⁴⁸ Roudinesco, Élisabeth [1993], p. 119 (la conversación con Catherine Millot es del 17 de junio de 1992).

⁴⁹ V.gr. Eric Laurent, “Lacan analizante”, incluido en rev. *Enlaces. Psicoanálisis y cultura*, n° 16, Grama, Buenos Aires, 2010.

⁵⁰ Catherine Millot, *La vie avec Lacan*, Gallimard, Paris, 2016.

Si nos atenemos a las reglas de tránsito, debemos convenir que la irresponsabilidad mayor es la del camión que, en un primer momento, confía realizar su antojo de colocarse en la delantera presumiendo que el autito, que avanza por la mano contraria, desacelerará intimidado. De todas formas, ¿qué prisa movía a ese autito y por qué no iba en la misma dirección que el camión? ¿Por qué, en términos de Pichon, Lacan no seguía a su psicopompo y qué lo tenía apurado hasta la imprudencia?

Aunque no era amigo de las confesiones, más de una vez Lacan dejará entender que si lo movía la prisa no era la del trepador ambicioso, sino la del que siente que viene con atraso. Algunos asideros tenía. La anécdota a la que se refiere Millot no está fechada, pero parece verosímil que haya sucedido en el último tramo de ese análisis: fijémosla en 1937. En ese momento, Loewenstein, tres años mayor que Lacan, estaba en la cumbre, era el analista que dirigía más análisis didácticos en París, estaba convenido que sería el próximo orador principal de la siguiente conferencia anual, y era un secreto a voces que la princesa Bonaparte se recostaba en su diván de Av. Versailles y él se deslizaba entre las sábanas de la mansión palaciega de Saint-Cloud; no hace falta insistir acerca de la ventajosa situación de Sacha Nacht, nacido como Lacan en 1901; en cuanto a Daniel Lagache, dos años más joven, había aprobado en 1928 los exámenes del último nivel de filosofía de la prestigiosa École Normale Supérieure, en 1935 suma el título de médico psiquiatra, con una inteligente tesis acerca de las alucinaciones verbales, y en 1937 había ganado la titularidad de la SPP y, simultáneamente, una cátedra en Estrasburgo desde donde organizaría la carrera de psicología para Francia. Pero sería corto de miras reducirlo todo al plano de disputas territoriales entre hermanos.

Al respecto, contamos con la carta del 15 de octubre de 1970 a Tomás Segovia, el primer traductor de los *Escritos* al español, a propósito de qué significaba el misterioso T.t.y.e.m.u.p.t. con que concluye *La instancia de la letra* de 1957:

Nadie puede pescar ahí la menor idea –le escribe Lacan–. Pero a usted, que pone un cuidado tan maravilloso a mi servicio, le confesaré lo que no he confiado nunca a nadie. Se trata de las iniciales de la frase que podría decirme a mí mismo en esa fecha desde hacía mucho tiempo y con lo que así oculto mi amargura: ‘*Tu t’y es mis un peu tard*’ (= ‘Te has puesto a la obra un poco tarde’)⁵¹.

⁵¹ Jacques Lacan(1957), *Escritos 1*, p. 488.

Dicho de esa manera, la competencia es exclusivamente con el paso del tiempo. Esta impresión aumenta si le sumamos un impaciente autorreproche de 1976 –quizás del mismo día en que le cuenta lo del autito y el camión a Millot– a propósito de no haber concluido antes medicina: “No estoy seguro de haber hecho el mejor encuentro. [Fue] tardío, cuando yo tenía 31 años. Resulta que encontré en el hospital –puesto que fue ahí que había sido llevado por la suerte–, que se llama psiquiátrico, a una loca. Aunque yo la llamara Aimée.”⁵²

Para quien siente que tiene mucho por hacer y que el gran amo de la muerte le está pisando los talones, no hay camión avanzando de frente que lo haga desacelerar. Porque debemos olvidarnos de los vehículos y considerar a los conductores. Las máquinas no tienen prisa: “Aquí se detiene la potencia que la originalidad de las máquinas que manejamos nos revela. Hay una dimensión del tiempo que indiscutiblemente no les pertenece, que no es ni el retardo ni el adelanto, sino la prisa, vínculo propio del ser humano con el tiempo, con el carro del tiempo, que está ahí, acosándolo por detrás.”⁵³

Dos comentarios de hombres mayores, indudablemente, pero que nos remiten a la observación acerca de la muerte que el joven Lacan deja escapar en la sonada respuesta a su analista. Una observación que no es del todo *freudiana*, ni mucho menos *loewensteiniana*: “En el dominio biológico, el hombre se distingue, en tanto que es un ser que se suicida, que tiene un superyó [...] Estando intrincado, en su vivencia, el sentido de la vida del hombre con el sentido de la muerte, lo que especifica al hombre en relación al instinto de muerte, es que el hombre es el animal que sabe que morirá, que es un animal mortal”.⁵⁴ La cual, si exceptuamos la frase “que tiene superyó”, parece ser una glosa del seminario de Kojève. No del de *La dialéctica del amo y el esclavo en Hegel*, sugerido por Roudinesco, sino del de *La dialéctica de lo real y la idea de la muerte en Hegel* cuando dice:

⁵² Jacques Lacan (1976), *De James Joyce como síntoma*, <http://www.ecole-lacanianne.net/fr/p/lacan/m/nouvelles/paris-7/pas-tout-lacan-1970-1979-108>

⁵³ Jacques Lacan [1954-55], *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, Paidós, Barcelona, 1983, p. 432.

⁵⁴ Jacques Lacan [1938], incluido en *Intervenciones y Textos* vol. 1, Manantial, Buenos Aires, 1985, p. 12.

La “muerte” del ser natural existe solamente en “sí o para nosotros”, es decir, para el Hombre que toma conciencia de ella: el ser natural finito nada sabe de su propia finitud. La muerte, por el contrario, existe también *para* el Hombre, es “en y para sí”: los Amantes “*piensan* la posibilidad de la separación” en y por su muerte. Por eso el Hombre (= los Amantes) es el único capaz de *querer* la infinitud y la inmortalidad de lo que es finito y mortal, del mismo modo que es el único en poder matarse: la muerte es sólo algo dado en la Naturaleza pero en el Hombre y en la Historia es también (o al menos siempre puede serlo) una obra, es decir resultado de una *acción* consciente y voluntaria.⁵⁵

¿Entonces, era la École Pratique des Hautes Études el punto hacia donde se dirigía impaciente el autito de Lacan? Está documentado en los anuarios de la École Pratique que el nombre de Lacan figura, desde septiembre de 1934 a junio de 1937, en las listas de la media docena de “alumnos asiduos” de Kojève.

Pero no era este el único destino alternativo al del salón de la SPP. Y la afición de curiosear otras cofradías, de no perderse ninguna aventura del pensamiento, había comenzado a manifestarse con derivaciones significativas al menos desde 1925. Esos viajes ciertamente lo demoraron en la carrera de grado, pero también le permitieron sobreponerse del aburrimiento de estudiar medicina. Y más tarde le trajeron crecientes dificultades con los inspectores del voto de exclusividad que cada una de esas cofradías solicitaba para sí. Es lo que le sucede en la hermandad de los doctores de psiquiatría (*¡Num dignus eris intrare in nostro docto corpore!*), en la de los directores de hospicios y ante las filas cerradas de la SPP. Desde luego, también será apartado por la guardia pretoriana que estableció los seminarios de Kojève. ¿Por qué, sino, en la compilación definitiva de esos seminarios, que es la *Introducción a la lectura de Hegel*, fue eliminada la mención de la conferencia que les dio Lacan? La *Introducción* incluye los resúmenes entregados por Kojève al anuario de la École Pratique; ¿qué impidió que, en la transcripción del resumen del curso de 1935-36, quedaran excluidas estas líneas: “El Sr. Lacan interpretó los párrafos relativos a la Locura (*Wahnsinn des Eigendiinkels*) y dio una conferencia interesante referida a la confrontación de la antropología hegeliana y de la antropología moderna, inspirada de Freud”?⁵⁶

⁵⁵ Kojève, A. [1934-35], *La dialéctica de lo real y la idea de la muerte en Hegel*, La Pléyade, Buenos Aires, 1984, p. 94.

⁵⁶ Cfr. Juan Pablo Lucchelli, “El primer Lacan : cinco cartas inéditas de Lacan a Kojève”, rev. *Descartes*, Buenos Aires, 2016.

Para escribir la novela de formación de la enseñanza de Lacan, será ineludible recomponer el mapa y las peripecias de los recorridos del autito que el septuagenario Lacan hizo rodar, jugando a que así respondía a la curiosa Catherine Millot.